



Luis Fernando Granados

Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

# Historia para el futuro

**La historia-conocimiento dominante no ayuda en nada a construir la nueva ciudadanía que exigen los tiempos en que vivimos.**

**enfoque** ■

enfoque@reforma.com

Una publicación de  
**GRUPO REFORMA**

Número: 943  
Fecha: 3 de junio

**René Delgado**  
Director Editorial

**Agustín Correa**  
Subdirector Comercial

**Ernesto Núñez Albarrán**  
Editor

**Maricarmen Vergara**  
**Octavio Ortega**  
Coeditores

**Ernesto Montes de Oca**  
Coordinador Gráfico

**Martha Martínez**  
**Carole Simonnet**  
**Jésica Zermeño Núñez**  
Reporteras

**Socorro Ceballos**  
Coeditora Gráfica

**Aldo Jarillo**  
Diseñador

**Eduardo Carrasco**  
Publicidad / 5628 7465

Es una publicación semanal editada y distribuida por Consorcio Interamericano de Comunicación, S.A. de C.V.  
Oficinas y Talleres:  
Av. México Coyoacán No. 40. Col. Santa Cruz Atoyac C.P. 03310. Delegación Benito Juárez, México, D. F.  
Correo electrónico: enfoque@reforma.com  
Teléfono: 5628 7245  
Internet: <http://www.reforma.com/enfoque>  
Twitter: <http://twitter/EnfoqueReforma>  
No. de Reserva Derechos de Autor: 04-2007-091317342600-107  
Certificado de Licitud de Título y Contenido: En trámite

**Foto portada:**  
Ricardo Aldayturriaga

México necesita una historia diferente. La necesita tanto como requiere un futuro distinto: un futuro menos injusto y violento, democrático de verdad, incluyente de un modo cabal. La necesita especialmente en momentos como el presente en que el tejido social se deshebra a ojos vistas, el Estado se derrumba en más de una comarca y la altanería de los poderosos alcanza niveles inauditos.

Afirmar que el país necesita una nueva historia no quiere decir, por supuesto, que el pasado de los espacios, las culturas, las estructuras socioeconómicas, las comunidades y las personas que hoy forman parte de México pueda alterarse a voluntad. La “historia” a la que me refiero es el conocimiento que se produce al preguntarse por la naturaleza del pasado, el saber socialmente elaborado para comprender el carácter del presente. Como todo producto humano, la historia-conocimiento no sólo es modificable; de hecho se ha modificado más de una vez.

El país necesita una nueva historia-conocimiento porque la que todavía domina los espacios públicos y privados hace mucho que dejó de responder a las necesidades sociales y políticas de los mexicanos. Tiene además características que a muchos repugna, pues es un cuento hecho de y para hombres poderosos y casi siempre armados. Es la tan cacareada historia de “héroes” que casi todos los actores políticos invocan y, peor, que casi todas las instituciones del Estado reproducen de manera insistente.



Luis San Vicente

Encarnada en una multitud de prácticas políticas, esta historia-conocimiento es responsable, por ejemplo, de la marginación simbólica de la mitad no-mesoamericana del territorio nacional y de quienes viven más allá de las fronteras del país, así como de los millones de cristianos no católicos y los millones de hablantes de lenguas no romances. Para decirlo rápido, es la historia-conocimiento que aparece en los billetes de banco y en los libros de texto de primaria, en el calendario cívico y en casi toda la toponimia moderna.

Aunque el origen de esta historia-conocimiento se encuentra en el Porfiriato, el régimen posrevolucionario fue su mayor impulsor y beneficiario: durante décadas, sus imágenes y sus figuras retóricas formaron parte central del aparato ideológico que lo legitimaba. Con todo, es imposible atribuirle sólo al PRI la profundidad de su arraigo: en muchos casos, el régimen no hizo sino cooptar recuerdos y relatos populares. Por eso no es del todo cierto que el fracaso historiográfico de los gobiernos del PAN –evidente en la manera

en que se celebraron el Bicentenario de la Independencia y el Centenario de la Revolución– se deba nada más a su espeluznante mediocridad intelectual. Implantada por las buenas y por las malas en amplias porciones del país, la historia-conocimiento de la posrevolución sobrevivió a la “transición democrática” tan campante como la dirigencia de la Secretaría de Hacienda.

Es urgente que esta situación no se prolongue más. La historia-conocimiento dominante no ayuda en nada a construir la nueva ciudadanía –crítica, democrática, justa– que exigen los tiempos aterradores en que vivimos. Antes bien la inhibe.

Guiado por esta preocupación, un grupo de estudiantes y profesores de historia nos reunimos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM a lo largo de un mes para imaginarle un rostro distinto a la historia-conocimiento que produce, administra y difunde el Estado mexicano; esto es, nos juntamos para pensar “la historia que necesitamos para el país que queremos”. Tal es el título de un documento (disponible en [politicahistoriografica.wordpress.com](http://politicahistoriografica.wordpress.com)) en el que convocamos a la elaboración de una política del conocimiento histórico coherente –prima hermana de la política energética y la política agraria del gobierno que será elegido el 1o. de julio– que remedie el actual desorden administrativo y oriente la historia-conocimiento estatal en una dirección democrática, igualitaria e incluyente.

Pero para evitar todo fari-seísmo científicista, decidimos también que un documento de esta clase no podía ser un mero gesto académico. Por eso vamos a entregárselo al único candidato presidencial cuyo proyecto puede transformar de manera significativa el rostro político y social del país. ■